

PROPUESTA CULTURAL PARA EL ESTUDIO DE LOS MAPAS ANTIGUOS

Raquel Urroz

A través del mapa, no sólo es posible visualizar la extensión de un territorio y conocer ciertos rasgos o accidentes geográficos de un determinado sitio (tales como su localización, toponimia, extensiones, linderos, límites, etc.) Además, el usuario puede calcular las propiedades geométricas de los objetos y sus relaciones espaciales con exactitud. En este sentido, el mapa se caracteriza por tres aspectos principales: es una manifestación gráfica que se determina geométrica o matemáticamente, se representa a escala y utiliza símbolos convencionales o generalizados. Es decir, el concepto y entendimiento que tenemos tradicionalmente sobre el mapa es una idea estandarizada y uniforme que nutre una “retórica científica” casi incuestionable.

Sin embargo, en algunos círculos intelectuales se ha superado la idea que se tenía sobre el mapa como una herramienta de apoyo exclusivamente para el geógrafo y de carácter básicamente técnica y científica. Ésta se ha visto sustituida por una mirada más amplia, donde el mapa puede contener imprecisiones y, a pesar de ellas, develar otras formas de expresión, transmisión de conocimiento y emisión de mensajes concretos. Es decir, reconociendo que el mapa también es un producto de las normas sociales y de valores culturales, su conceptualización forzosamente dependerá del contexto en que éste se encuentre inscrito, de su función o propósitos, de sus intereses, de su público y de los usos que se le dé. En este sentido, existen percepciones alternativas (culturales y sociales) sobre el espacio que pueden integrar el proceso técnico de producción, compilación y levantamiento junto con un análisis más humano del mapa antiguo.

Bajo los nuevos enfoques culturales, el mapa se entiende como un documento que no sólo registra un paisaje verdadero, sino que es un instrumento activo en la producción de dicha representación. Bajo este criterio, el estudio del mapa antiguo se integra en relación con su especificidad histórica. Recientemente, la *International Encyclopedia of Human Geography* buscó definir, no sólo la historia de la cartografía, sino también su filosofía. Se trata del análisis de los distintos enfoques y percepciones sobre la naturaleza ontológica del mapa, mismas que conllevan entendimientos y criterios variados. En resumen, toda reflexión en torno al mapa antiguo tiene que ver con su lectura y con la propia manera ideológica de entender el mundo y acceder al conocimiento.

La propuesta que ofrecemos aquí, para el enriquecimiento de los estudios de historia de la cartografía en México, consiste en examinar, más que los fenómenos que representan el mapa, la noción del espacio que subyace en él, sus significados e incluso las emociones que pudiera despertar. Para ello, se debe rastrear, no sólo la descripción que del espacio se hace o su funcionalidad, sino la parte conceptual del mapa, para descubrir en él un modelo del mundo *sui generis*. Contamos ya con algunas ideas de carácter teórico sobre el mapa antiguo que debemos conocer y que nos invitan a mirar las representaciones cartográficas en su dimensión cultural, como un documento producido socialmente. Esto puede ser considerado uno de los primeros pasos para, así, integrar nuevas ideas al estudio de la historia de la cartografía iberoamericana.

Para comenzar, es necesario reconocer que el mapa no guarda un único posible significado y que éste no siempre es de tipo topográfico y geográfico. Por el contrario, el mapa muestra un lugar propio que involucra una realidad particular, una identidad propia y un sistema de creencias subjetivas. El historiador francés Christian Jacob nos explica cómo, en efecto, el mapa es



“Plano geográfico de la mayor parte de la América Septentrional Española” (1772) Este mapa general de José Antonio de Alzate representa la síntesis del trabajo cartográfico novohispano de espíritu ilustrado donde el mapa es visto como una representación científica y confiable del territorio mexicano.



Este mapa pintado al óleo representa el Reino de Nuevo México en la segunda mitad del siglo XVIII. El autor es Bernardo de Miera y Pacheco, cartógrafo e ingeniero español y en él es posible identificar sus elementos humanos e insertarlos dentro de su contexto histórico. Sobre todo, el mapa representa las preocupaciones del gobierno concernientes a las amenazas de ataques indios y a la lucha territorial anglo francesa. Responde a intereses políticos y busca mostrar la posición estratégica del gobierno para la defensa del territorio.

la imagen de un territorio, pero, además, es un instrumento de comunicación que transmite significados en distintos niveles retóricos, como pueden ser: primero, el significado o significados del mapa (derivados de la imagen mental de su productor); segundo, las miradas puestas en el mapa; y, tercero, sus diversos usos.¹ No obstante, no debe perderse de vista que la interpretación de la realidad que será plasmada en el mapa estará determinada por la particular y subjetiva mirada del hacedor del mapa y, por tanto, su manufactura no puede ser neutral. Peter Barber, por ejemplo, explica que un mapa siempre será una creación subjetiva donde intervienen las emociones y a través del cual se transmiten mensajes que reflejan el modo de vivir de los hombres y de las sociedades en determinado tiempo y espacio.² Por esto, la información plasmada en cada mapa depende, no de una realidad objetiva, sino de lo que para su creador pareció más relevante. Además, en el proceso de su elaboración el hacedor del mapa estará guiado por sus intenciones inconscientes que, a su vez, se encuentran impregnadas por determinados valores de su propia cultura en un momento dado.

Es quizá John Brian Harley quien, de una manera más completa, desarrolló una epistemología nueva de la naturaleza del mapa. Primero, quiso demostrar la falsedad con que los historiadores de la cartografía se acercaban al mapa tradicional. Es decir, si el mapa era un texto cultural y se debía buscar su parte humanista, resultaba entonces irrelevante aplicar la dicotomía arte/ciencia.³ Después, reunió suficientes argumentos para demostrar que su naturaleza estaba constituida, además, por una dimensión retórica, metafísica, social y política. Por tanto, el mapa antiguo, como cualquier otra producción histórica, debía ser considerado un texto susceptible de preguntas, de una adecuada “deconstrucción” y de una pertinente interpretación.⁴

Desde esta perspectiva, el mapa dotado de un sentido histórico cumple con la condición necesaria para adquirir su significado intrínseco al habersele dado una lectura, cierta interpretación y por tanto, valor documental para la historia y la cultura. Así lo expresa Catherine Delano Smith cuando afirma que la evidencia del mapa como documento histórico se encuentra en el reconocimiento de su cualidad, como si de alguna manera el mapa antiguo, como repositorio de información relacionada a su tiempo, estuviera allí, esperando a que una mirada crítica lo rescate y explote.⁵

Concretamente, sobre los estudios de cartografía antigua desarrollados en México, Elías Trabulse señala: “Un Nuevo Mundo geográfico dio origen en Europa a un Nuevo Mundo científico. Años después, ese Nuevo Mundo geográfico, es decir

América, se convertiría a su vez en receptor de esa Revolución Científica”.⁶ Desde esa misma mirada, recibida y adoptada desde Europa, ha sido habitual considerar el estudio de los mapas antiguos como un reflejo del grado del saber científico alcanzado en una determinada época de la historia de México. Miguel León-Portilla coincide con Trabulse en que la cartografía es una creación que refleja el desarrollo científico y tecnológico de una determinada cultura o país. Junto a esto, agrega que la cartografía también es un testimonio de la propia historia y el arte que se conjugan en una determinada visión del mundo. La cartografía es así *speculum orbis terrarum*, ya que en el mapa se reflejan múltiples realidades culturales que, representadas en imágenes, permanecen como “huella y testimonio de la historia de un país”,⁷ es decir, como marcas implantadas de una cosmovisión antigua o configuración de cierto territorio. Particularmente, en México ha existido una rica y larga tradición en la elaboración de mapas que han respondido a diferentes objetivos (de índole política, ideológica o metafórica): aquellos con fines utilitarios y prácticos (mismos que se cumplieron a través de los distintos viajes de reconocimiento); los elaborados dentro de la realidad cultural y el modo de concebir el espacio mesoamericano; los relacionados con las cartas que se produjeron en la época colonial y hoy fungen como importantes testimonios de los procesos de mestizaje cultural o diálogo intercultural; los mapas con las primeras imágenes registradas donde se sitúa a México en la geografía universal; los trabajos cartográficos de la Corona para conocer la situación de sus territorios en ultramar; la cartografía de los misioneros con el fin de apropiarse del norte del territorio novohispano; las cartas de conjunto realizadas durante el siglo XVII por parte de los ingenieros militares del país; y, por último, aquellos que, desde finales del siglo XIX y a lo largo del siglo XX, fueron elaborados por las diversas comisiones e instituciones que, preocupadas por la precisión científica en el trabajo cartográfico del país, incrementaron la producción de mapas y planos. Esta sucesión en la elaboración de mapas en la historia de México ha producido, a su vez, una serie de estudios con distintos intereses, como el ordenar, conservar, recopilar, conocer, consultar, e interpretar una amplia cantidad y variedad de mapas, bajo distintos enfoques teóricos y posturas ideológicas.

Con esta breve revisión teórica sobre el mapa antiguo podemos pensar que el nuevo desafío que se abre para la historia de la cartografía, como un término aplicado para los estudios sobre los mapas elaborados a lo largo del tiempo y en distintos contextos de la historia de México y otros países de Iberoamérica, es el acercarse al mapa antiguo desde diversos flancos, con múltiples técnicas y enfoques que se interesen por los significados humanos que le dieron origen. ■

¹ Christian Jacob, *The sovereign map. Theoretical approaches in cartography throughout History*, University of Chicago Press, Chicago, 2006, pp. 34-35.

² Peter Barber, *El gran libro de los mapas*, Editorial Paidós, Barcelona, 2006, p. 8.

³ John B. Harley, *Nueva Naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005.

⁴ J. B. Human Geography. *An essential anthology*, Blackwell, 1996, pp. 422-443.

⁵ C. Delano-Smith y R.J.P. Kain, “The History of Cartography”, en Kitchin, Rob y Thrift, Nigel (Eds.), *International Encyclopedia of Human Geography*, vol. I, Elsevier, Italy, 2009, p. 433.

⁶ Elías Trabulse, *Ciencia y tecnología en el Nuevo Mundo*, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, México, 1996, pp. 9-10.

⁷ Miguel León-Portilla, “La cartografía como patrimonio cultural”, en Enrique Florescano (Coord.), *El patrimonio nacional de México II*, Fondo de Cultura Económica/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1992, pp. 292-294.

Raquel Urroz. Mexicana, historiadora por el Instituto Cultural Helénico. Estudió la maestría en Historia de México en la UNAM. La primera de sus tesis versó sobre la configuración cartográfica del Nuevo Mundo antes y después de los viajes colombinos. La segunda está dedicada a los mapas antiguos de México y sus trayectorias filosóficas. Es profesora en el Centro de Enseñanza para Extranjeros de la UNAM. Entre sus trabajos publicados, se encuentran: *Los Mapas de México: autores y contextos* (IIG-UNAM, 2008) y *La conformación del espacio americano en la cartografía europea de los siglos XV y XVI* (Universidad de Guadalajara, 2011). Ha publicado varias reseñas críticas sobre la historia de la cartografía en *Investigaciones Geográficas*, Boletín del Instituto de Geografía de la UNAM.